

11 DE JULIO DE 2009

MARIO CONDE

Seguro que algunos de ustedes, de los que asisten hoy a este pregón, se preguntarán por qué motivos, soy yo, un forastero, el que les habla en el día de inauguración de sus fiestas. Les confieso que a mi me ocurrió lo mismo.

Cuando el alcalde, siguiendo las sugerencias, y hasta casi las presiones de mi amigo Gabriel Domenech, me invitaron a que diera este pregón de las fiestas de Caimari, yo me pregunté cual era la razón para aceptar. Las fiestas locales son algo muy importante en la vida de un pueblo. Había oído hablar de las de Caimari, a mi amigo Domenech, aunque no asistí nunca a ellas. Pero lo que me preguntaba era qué motivo tendría para ser yo quien este año 2009 las abra con el pregón tradicional.

Y lo encontré. Al menos para mi. Entendí que este pregón era, entre otras cosas, una auténtica oportunidad de explicarles a ustedes mis relaciones con esta Isla de Mallorca, mis auténticas vivencias, sin sentimientos mas sinceros, mas profundos, y decirles claramente, con voz serena pero firme, que aquí, en Mallorca, en esta tierra, mi familia y yo, desde hace mucho tiempo, a pesar de no haber nacido por estos lugares, no nos sentimos forasteros.

Tenía 25 años. Me acaba de casar. Toda mi vida mis veranos transcurrieron en Galicia. Allí conocía a mi mujer, Lourdes Arroyo. Pues bien, después de casarme, ella y su familia, que nada tenían que ver con Mallorca, decidieron que el lugar ideal para pasar el verano eran estas islas. Mi suegro, el padre de mi mujer, gustaba de navegar y decía que aquí, en las aguas costeras de Mallorca, no hay piedras, ni bajos, ni mareas, ni corrientes. Mi mujer de acuerdo y como yo soy muy obediente con los que mandan bien, y muy rebelde con los que mandan mal, que de estos hay bastantes, obedecí, porque mi mujer me mandaba muy bien. Así que con 25 años yo y 20 Lourdes, llegamos a la isla, a Alcudia, a un apartamento cerca del Hotel del Golf.

Hace de esto treinta y cinco años. Y desde entonces nunca he faltado, salvo cuando me lo han impedido reteniendo en lugares bastante poco confortables. Tengo que decirles que en aquellos veranos, que no fueron pocos, que estuve encerrado, en un almacén en el que trabajaba para los presos, existía un pequeño orificio de entrada de aire y luz en

su parte superior. Todas las tarde, cuando se ponía el sol y el calor podía se mas llevadero, me sentaba en una silla y miraba por aquel orificio ala luz. Y soñaba. Soñaba con Mallorca, Imaginaba a mi familia, a mis amigos, las puestas de sol del poniente en Pollensa, las calas de la Costa Norte..En fin, soñaba, y soñar sin nostalgia, soñar con cariño, es una forma de vivir en el corazón lo que no puedes vivir en el exterior.

Desde mis 25 años aprendí a querer a esta Isla. Confieso que ya estaba enamorado de mi mujer pero me pasó lo mismo que a mi tío abuelo: me enamoré de Mallorca. Algunos de los que aquí están ni siquiera habían nacido cuando yo paseaba por la playa de Alcudia asombrado por sus mas de veinte kilómetros de arena, aturdido por la belleza de la luz de Pollensa, maravillado por la Sierra de Tramuntana....

Compramos una propiedad de nombre Can Poleta. Primero la compró mi familia política. En 1.982, hace ya 27 años, la compré yo. Para mi y para mi mujer. Era un preciosa tafona, rodeada de olivos milenarios. Así que ya veis que estoy rodeado de olivos por todos los sitios, porque Caimari es tierra de olivos y de aceite. Bueno, luego hablamos de eso.

Ahora sigo contando la historia. La casa tenía calefacción de esas que se alimentan con cáscara de almendra. Por cierto, que mucha gente está muy confundida con Mallorca. Piensan que esta isla es solo playas. Y se olvidan de su belleza interior, de Deia, De Pollensa, De LLuch, De Escorca, De Caimari, de la Historia, maravillosa historia que yo me he empeñado en saber, en profundizar, en conocer, porque quien disfruta de una tierra, quien siente el privilegio e vivir en ella, tiene el deber, sí, el deber, de conocer la historia de ese lugar, como una muestra de respeto por esa tierra que le acoge.

Bien pues entonces tenía un coche grande y largo y yo mismo, vestido con pantalones y camisas y un jersey, porque en Mallorca en invierno hace frío cuando se va el sol, así vestido me iba a comprar los sacos de almendras para la calefacción. Y creo que era una cooperativa cerca de Sa Pobla. Yo cargada los sacos en el coche, pagaba y me volvía a Can Poleta. Y los ponía en el garaje para rellenar la calefacción. Y claro, me ensuciaba, pero eso no me importaba. al revés, me gustaba.

Aquel día, al volver de cargar sacos, apareció en la finca un hombre que queríamos contratar para que nos ayudara. Yo venía sucio y lleno de cascaras de almendras por todos sitios. El hombre al verme me dijo

-Por favor, ¿podría avisar al Señor?

Yo le respondí, si, pero el me insistió en que avisara al Señor, y subrayó con la voz estas palabras. Le dije que yo era el señor que

buscaba y ante mi respuesta, el hombre, con un gesto de total extrañeza y asombro, me dijo

-¿usted?

Me reí con él. Tenía el hombre un diseño de como debía ser el señor de Can Poleta y yo, claro, sucio y lleno de cáscaras de almendras, no le cuadraba. pero en fin, aceptó lo que le dije, charlamos y trabajó con nosotros.

Cuando se fue. sentado en el porche del Poniente de la casa, pensé. ¿qué es un señor de una tierra?. ¿Cual debe ser la esencia de ese señorío?.

No es la propiedad. Uno puede ser propietario de la tierra, pero eso no le hace ser señor en el sentido que yo digo.

Señor es el que respeta a la tierra, el que la cuida, la quiera, la disfruta, el que se siente privilegiado de vivir en ella, se pisarla, de cultivarla, de acariciarla con las manos. Señor es el que ama a la tierra. Propietario es solo el que figura en el registro de la propiedad. Y he visto, en Mallorca y fuera de Mallorca, propietarios que no eran auténticos señores de sus tierras. Porque no las amaban. Porque no las respetaban. Porque no las querían. Porque no sentía el privilegio de vivir en ellas.

Y nosotros, mi familia y yo, queríamos y queremos a ese trozo de tierra al que llaman Can Poleta, que luego descubrí que quiere decir casa del napolitano, así que allí vivió un Napolitano y también, según me dijeron, un fantasma inglés, al que llamaban Oliver. Recuerdo que cuando era presidente del Banco, los encargados de mi seguridad, que dormían en la torre de Can Poleta,. decían que oían ruidos raros por las noches. Yo les expliqué que era Oliver, el fantasma. Y, a pesar de que se dedicaban a la seguridad, tenían miedo y no quería subir a dormir allí.

A mi nunca me asustaron los fantasmas. Porque la vida me ha enseñado que los fantasmas no hacen nada. Los que hacen daño son los hombres. Cuando lleva odio en sus corazones, cuando les puede la codicia, cuando les domina la envidia, cuando les absorbe el poder....a los fantasmas no hay que tenerles miedo, pero a ese tipo de hombres....Miedo, lo que se dice miedo, no, pero precaución y distancia, esto sí. Porque los hombres han hecho, hemos hecho, mucho daño a otros hombres desde que formamos parte de eso que la Historia llama Humanidad.

Pero hay hombre grandes. Y aquí en Mallorca, al tiempo que visitaba Lluch en cuanto venían las tormentas, he conocido a hombres grandes.

Pregó de las Festes de Caimari 2009

Por cierto ¿alguien conoce un espectáculo mas impresionante que una tormenta de finales de agosto sentado en una piedra en las cercanías de LLuch?. es maravilloso. Dicen que hay que estar un poco loco. Pero es que para vivir la vida en plenitud un poco de locura, no mucha, pero un poco de locura es necesaria. Si no nos acartonomos.

Además de la tierra poco a poco fuimos tejiendo una red de afectos, de amistades sinceras. Porque los hombres somos una red de afectos, de sentimientos. Son nuestros afectos y nuestros sentimientos los que nos mantiene vivos. Una persona sin ningún sentimiento, huérfana d cualquier acto, no es auténticamente una persona viva. Conocí a los Marqués, a los Gili, a los Luna, a Juan Morell y sobre todo a Biel Domenech, el de Can Guicha, de Inca, propietario de las galletas Quely y persona que quiere y es querida aquí en Caimari.

Es una amistad de treinta y cinco años. Y sin Domenech, sin Biel y María, esta isla no sería o mismo para mi. Porque quien se arrima a un hombre bueno, la bondad se le pega. porque debéis saber que la enfermedad es contagiosa, pero la salud también. Y no solo la del cuerpo. También la del alma, la del espíritu., Y quien vive con un hombre bueno, de bondad se contagia. Y mi amistad con Gabriel Domenech es uno de mis mejores activos.

Y nosotros dos, Biel y María, de un lado, y nuestra familia de otro, hemos vivido juntos el aterrador dolor de la muerte de un ser querido. Hemos sentido ese abismo profundo, terrible, de la pérdida.

Mi mujer, Lourdes Arroyo, amaba Mallorca. Quería su tierra por encima de cualquier otra. Teníamos posesiones mas grandes, pero ella decía que este era su sitio, sin que yo supiera muy bien porque. Por las mañanas se iba a Pollensa, temprano, paseaba por la plaza del pueblo, se sentaba el una mes del casino, veía pasar a la gente, comía una tostada con aceite y regresaba a casa, Nunca me hablaba de eso. Lo guardaba ara sus adentros, como hacen las personas que cultivan verdaderos sentimientos. Los amasan en soledad. Los acarician en sus almas.

Lourdes quiso tanto a esta isla, a ese trozo de tierra de Pollensa, que aunque no nació aquí, era sí era señora de sus tierras, ella si fue, y por siempre será, la verdadera Señora de Can Poleta.

Cuando la enfermedad tocaba a su fin y las puertas de la otro vida se abrían sobre sus goznes. Lourdes, contra todos los médicos oficiales, contra todos los que diagnosticaban su estado, quiso venir aquí, a Mallorca, a ver sus tierras, a sentir su mar, a estar con Biel y María, con las piedras de su casa, con sus olivos, son sus amaneceres, con sus atardeceres, con las arenas de sus playas, con sus recuerdos.

Silenciosa paseaba mas cansada físicamente pero mas llena de ternura en su alma. Vino a despedirse. Yo diría que vino a quedarse aquí. Quería que su espíritu quedara por siempre prendido de este rincón de la tierra.

Por eso entendéis que nos somos forasters. Porque treinta y cinco años son muchos. Porque en la misma piedra en donde yo tomé una fotografía de Alejandra y Mario, mis hijos, hoy as tomo de Fernando y Alejandro, mis nietos. Las personas pasamos. La vida permanece. ¿Como va a ser foraster quien amó tanto que no solo quiso esta tierra para vivir en esta vida sino para que su espíritu se quedara en ella cuando le tocara cambiar de dimensión?. ¿Como pudo ser foraster quien quiere a la tierra e la vida y en la muerte?.

Un día, María, la de Pollensa que vive con nosotros desde hace 25 años, que es dueña de unas tierras en el valle anterior a la llegada a Pollensa, me habló de esa tierra. Y le pregunté si era la dueña de esas tierras. Su respuesta me conmovió:

-Nooo. Eso lo heredé.

Sería magnifico que todos pensáramos así. La herencia es mas una obligación que un derecho. En lugares como Mallorca, de tierra limitada por el mar, todavía mas. Por eso María no se sentía plenamente dueña, sino receptora de unas tierras ganadas por otros, pro sus antepasados, que se trasmitían con l obligación de conservar, de mejorar, de respetar, de querer y de que continúe la cadena. Y si hay que vender, pues vender con ese respeto que la tierra y la tradición merecen.

Y a lo largo de 35 años no siempre he visto ese respeto en Mallorca. Todos sabemos que algunas personas no han respetado sus tierras. Las han maltratado fruto e la avaricia. No saben que todos, mallorquines y forasteros, heredamos la tierra. Que es anterior a nosotros. que es nuestra Madre. Y nos creemos dueños de ella. No es así. Somos nosotros los que debemos respetarla, cuidarla, quererla, mimarla...Y no siempre lo hecho hecho

En mas una ocasión he sentido como algo se rompía dentro de mi cuando contemplaba destrozos en rincones maravillosos de esta isla. el hombre...Ya decía que el problema es el hombre no los fantasmas porque Oliver y los muchos Oliver que por aquí existan nunca dañaron las costas, los acantilados, los rincones de una isla que por tradición, historia, situación y orografía es única en el mundo.

Por eso, para mi, quien a pesar de haber nacido en Mallorca, no quiere a su tierra y no la respeta, no es verdaderamente mallorqui. Quien la

Pregó de las Festes de Caimari 2009

quiere y respeta, haya nacido donde haya nacido, es mallorqui, porque es el amor y el respeto por la tierra el que da sentido a esta palabra.

Aquellos días, Domenech decía que venía a Caimari. Le preguntábamos a que, y decía que a estar. Nada mas que a estar. Por fin un día le acompañé. No sentamos en una mesa en el bar al que él solía acudir. Y vi como las gentes se saludaban Un ¿Va Bien? y poco mas. Pero en sus rostros, en sus gestos, en sus movimientos se veía humanidad. No se necesitan palabras. Son mejores las vivencias.

Aprendí que allí, en Caimari, Bien Domenech venía a respirar humanidad, a cargarse las pilas de humanidad, a sentirse humano, como todas las personas que se encontraban en el bar, que saludaba por la calle. Cuando volvíamos a alcuia después de aquel rato, Domenech sonreía en silencio. Traía humanidad acumulada por su experiencia en caimari.

Un amigo mío italiano decía que Venecia es la ultima ciudad humana que queda en el mundo. Y lo decía porque, según en él, en Venecia, como hay canales, la gente se ve obligada a caminar y al caminar se saludan, y al saludarse hacen humanidad. Tiene razón, en este lugar magnifico que es Caimari, la gente al caminar, al entrar en el bar, al cruzar en la plaza, en la iglesia, en la tafona o donde sea, se saluda. Y a saludarse hace que esta vida sea humana.

Y a mi, además, de esto, e une a Caimari la tradición de olivo. Curioso, pero en nuestra familia tenemos olivos y hacemos aceite, como aquí, en caimari se hace, como se gusta en las fiestas, en esa tafona instalada en el centro de la plaza. Todo un símbolo el olivo y el aceite. Olivos milenarios, aceites milenarios, que ven pasar generaciones y generaciones y siempre dan su fruto, sus aceitunas y su aceite, a condición e que sepamos respetarlos, cuidarlos y quererlos. Cuando sabemos lo que hay detrás del aceite no sabe mejor, lo disfrutamos mas. No voy a decir si mía aceite es mejor que el de Caimari o al revés. Vamos dejarlo e esta manera: los dos mejores aceites del mundo son el de Caimari y el nuestro y así contentos y en paz.

Y Ya termino. Gracias a todos por haberme dado esta oportunidad. Mallorca, sus gentes, sus tierras y sus aguas, han sido y siguen siendo esenciales en mi vida. Miro hacia atrás y doy gracias a Dios, o a Quien Sea, por haberme dejado ser un privilegiado por vivir muchos años aquí.

Aquella madrugada, cuando amanecía, sentado en la terraza de Can Poleta, entendí que el dolor de la pérdida de un ser amado debe ser compensado por la alegría de haber vivido tantos años a su lado. Y

Pregó de las Festes de Caimari 2009

aprendí que no somos nuestros recuerdos. Aprendí que las personas a las queremos viven en nuestro corazón y allí son eternas. Aprendí que los recuerdos hay que combinarlos con las esperanzas. Los hombre, los humanos tenemos que tener recuerdos, pero también ilusiones, esperanzas. Porque solo así podemos ser útiles a los demás. Porque solo sí seremos humanos. Porque solo así cumpliremos con nuestra principal obligación que es vivir con limpieza de corazón.

Podemos amar muchas cosas a la vez. A las personas y a las tierras. el amor de un hijo no impide el amor por otro, como el amor por la mujer no impide el amor por los amigos. El amor no se divide, se expande y por mucho que queramos q quien con nosotros vivió años, debemos seguir queriendo, respetando, amando. esa es nuestra obligación Recuerdos y emociones, recuerdos y esperanzas, recuerdos e ilusiones, Eso somos los que queremos ser humanos.

Y hoy en esta Iglesia, poco importa los que crean en el Dios Católico o en cualquier religión. es libera cada uno. Dentro de nada empezaran las fiestas Y eso es humanidad. UN modo de ser humano. Uno de los mas importantes.

Por eso me gustaría que hoy aquí, todos, sintiéramos que nunca un hombre o una mujer que quiera a Mallorca, que la lleve en su corazón, que la respete y la cuide, que sienta el privilegio de vivir en ella, nunca es hombre es un forasters, haya nacido donde haya nacido, porque al fin y al cabo para la humanidad, como para le tierra, no hay fronteras ni partidas de nacimiento. Hay respeto, amor por la tierra y el deseo de eso que es tan difícil de ser. verdaderos humanos.-